

cación de los problemas de especialización y compartimentación del saber en el mundo contemporáneo. Sin embargo, salta a la vista que el tomismo, sin más, no puede ofrecerse como antídoto para superar la especialización, ni otros problemas de la Universidad.

En los últimos años, MacIntyre ha ido radicalizando su pensamiento pues cree actualmente que la “tradición católica” es superior que las otras, puesto que integra mejor los saberes en una *universitas* común. Este libro confirma que las “visiones rivales” del mundo (*Three Rival Versions of Moral Enquiry*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1990), es decir, las diferentes tradiciones, son conmensurables y que al final es la tradición católica (que, según MacIntyre subsume el legado de la filosofía griega y medieval) la que mejor explica el mundo.

Este libro de MacIntyre tiene muchos claroscuros y es, a todas luces, una obra muy sesgada. Muchos cultivadores de la Historia de las Universidades y de la Historia de la Filosofía podían reprocharle importantes descuidos y una visión epistemológicamente indefendible. E incluso, desde el mismo catolicismo, muchos estudiosos podrían denunciar una mala “gestión” de la riqueza conceptual y metodológica de las diferentes escuelas católicas, que MacIntyre sacrifica en pos de una pretendida unidad doctrinal.

En particular, como es sabido, en la mayoría de las Facultades europeas de Artes y Filosofía de la Modernidad, no se daba un predominio tan claro del tomismo, sino que existían otras *opiniones*, como la escotista o la suarista y, en menor medida, se explicaba la tradición agustiniana, la mística carmelitana, el lulismo...

El hecho de reducir la tradición católica al tomismo es un recorte que no pueden aceptar ni los historiadores más confesionales. Se trata claramente de una hermenéutica contemporánea que ha intentado reconducir la tradición transformándola en concepto y huyendo de la historiografía de las Universidades. Por otra parte, cabe decir que, como historia de la tradición tomista y del encuentro del tomismo con la Universidad, el libro presenta una síntesis adecuada y muy bien escrita.

Con todo, sólo si se toma la “tradición católica” como concepto y se suscribe su equivalencia con la historia del tomismo, este libro tiene un gran valor. Lo más destacado serían sus juicios críticos del presente y las consideraciones *pro futuro* de la Universidad católica. Sin embargo, en el terreno de la historiografía de las Universidades, este libro, lamentablemente, resulta excesivamente reduccionista.

Rafael Ramis Barceló

Manuel Moreno Alonso, *El mundo de un historiador*. Antonio Domínguez Ortiz, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2009, 445 pp.

1. Como es conocido, Thomas Carlyle fue autor de importantes biografías en las que sostuvo materialmente su idea de que este género, la biografía, es la esencia de la historia verdadera. El planteamiento de Carlyle podrá resultar exagerado, especialmente frente a determinados engendros biográficos –por desgracia, no poco numerosos–, pero creemos que es perfectamente descriptivo de la sensación o de la impresión que puede dejarnos la lectura de este libro de Manuel Moreno Alonso, dedicado a la vida de Antonio Domínguez Ortiz (1909-2003), uno de los más grandes y conocidos historiadores españoles. Esta biografía, merecedora del Premio “Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2009”, convocado por la Fundación José Manuel Lara y la Fundación Cajasur, es, en el sentido *carlyleano*, un excelente libro de historia. Y lo es de una manera intensa, hasta por tres razones. Primero, por tratarse de la narración de la vida de un historiador –el propio título lo deja claro: *El mundo de un historiador*–, un historiador además excelente, como se sabe, lo cual ayuda mucho. Su biógrafo juega con esa ventaja, ya que es el relato de una trayectoria ejemplar y modélica desde el punto de vista profesional. Tiene la evidente suerte de que se trata de alguien incontestado, además de un personaje amable. Excelente libro de historia, en segundo lugar, porque ha sido realizado por un magnífico historiador, profesor de Historia contemporánea en la Universidad de Sevilla.

Moreno Alonso es un contrastado estudioso del siglo XIX –especialmente del periodo napoleónico–, para el que no son nuevas las incursiones en el campo de la biografía, ni tampoco –luego volveremos sobre ello– en el de la historiografía. En tercer lugar, por último, es un excelente libro de historia en la medida que resulta ser no sólo, a pesar de tratarse de una biografía, el relato de la vida de un personaje sino que es también el relato del mundo que habitó. En este sentido, y como no podía ser de otro modo, es una apreciable contribución a la historia de la historiografía española en la segunda mitad del siglo XX, periodo en el que desarrolla su actividad Domínguez Ortiz.

2. Desde el punto de vista *técnico* –si se nos permite esta expresión–, el trabajo nos parece de una factura impecable. Las fuentes utilizadas son inobjetables y variadas, toda una guía para el buen hacer en estas lides. El autor se vale de documentos procedentes de diversos archivos públicos y privados, de epistolarios, tanto del propio Domínguez Ortiz como de muchos de aquellos con los que mantuvo relaciones profesionales y personales, de testimonios solicitados expresamente para esta obra y hasta de su propio trato personal con el biografiado –excelente e interesantísima es la transcripción de la entrevista realizada por el propio autor en su casa de Granada en noviembre de 2002, pocos meses antes de su muerte, y que aparece como un apéndice–. Este trato personal del autor con su personaje, cercano e intenso durante muchos años, dota al libro de un ingrediente sentimental y hasta emotivo que en ningún momento oculta. Una mirada excesivamente cartesiana sobre lo que debe ser una biografía quizás vea algún reparo en esta cercanía entre biógrafo y biografiado, en forma de menoscabo de la objetividad a la que debe aspirar aquél. Puede ser así, pero también dicha cercanía es la que hace posible alguna evocación –como la de su última conversación o el relato de cómo conoció su muerte–, en la que logra infundir la autenticidad que deben también atesorar, nos parece, las obras de este tipo.

También en cuanto a su estructura la obra puede considerarse perfecta. Dividida

en ocho capítulos –además de un prólogo del propio autor, un largo texto de agradecimientos y una razonada bibliografía selecta, junto con el apéndice señalado–, el primero de ellos, titulado “El mapa y el calendario”, es una suerte de resumen de la biografía, que comienza y termina con los datos cronológicos y las circunstancias básicas de su nacimiento y su muerte. De este capítulo y de alguno de los otros siete –que se suceden en riguroso orden temporal– se extrae la sensación en algún momento, no sabemos si buscada, de que se trata de piezas independientes, unidas finalmente en un mismo libro. Ello quizá explique el único defecto –así lo consideramos– que en nuestra opinión cabe oponer al trabajo y que consiste en algunas reiteraciones o repeticiones que se dan (en la presentación de varios personajes o de unos mismos hechos), cuyo origen voluntario o involuntario (error) no nos queda claro. Sea como fuere, el relato, a pesar de lo prolijo en cuanto a datos y a erudición que puede llegar a ser en algún pasaje, resulta siempre atractivo de seguir. Así es gracias a una escritura ágil y fácil, demostrativa del buen hacer del autor y de su profundo conocimiento del género biográfico, género literario principal en culturas y tradiciones como la inglesa o la francesa que tan bien conoce. Algo sabe de ello y se nota.

3. Otro de sus aspectos destacables, como decíamos antes, es el hecho de que esta biografía contenga una notable aportación sobre la historia de la historiografía española en el siglo XX. Dada la hasta hace no muchos años extendida despreocupación de los historiadores españoles hacia estas cuestiones –el propio Domínguez Ortiz se confiesa entre ellos, entre los despreocupados–, cualquier contribución en este terreno ha de ser bien recibida, mucho más, si como creemos que sucede en este libro, se realizan algunas aportaciones novedosas y útiles en este campo. De entrada hay que decir que estas aportaciones son realizadas con conocimiento y sentido, es decir, por un profundo conocedor de la historiografía española y por un historiador preocupado por estas cuestiones desde antiguo, como es el profesor Moreno Alonso (baste citar su propia tesis doctoral,

leída en 1976 y publicada como *Historiografía romántica española: introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Servicio de Publicaciones. Universidad de Sevilla, Sevilla, 1979, o posteriormente, con J. Godechot, *La revolución francesa en la historiografía española del siglo XIX*, Servicio de Publicaciones. Universidad de Sevilla, Sevilla, 1979; su papel [fundacional] como precursor de los estudios historiográficos ha sido señalado recientemente por Miguel Á. Marín Gelabert, *La historia de la historiografía en España: recepción y crisis de una disciplina, 1976-2007*, pp. 391-437, en Teresa María Ortega López, *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Editorial Universidad de Granada-Prensas Universitarias de Zaragoza, Granada 2007). Ello explica que se atreva a romper algunos de los paradigmas (o lugares comunes) vigentes en la historia de nuestra historiografía.

Así debe contemplarse, por ejemplo, la contraposición entre Vicens Vives y Domínguez Ortiz, muy buenos amigos desde los años treinta, en cuanto a la paternidad de la introducción en España de la historia social –y en menor medida de la económica–, que es resuelta favorablemente a favor del segundo, de su personaje. A pesar de los elogios que le dedica, el Vicens Vives que dibuja –¡Precisamente en el año de su centenario!– no sale desde luego muy bien parado en todas sus facetas y afanes, algunos teñidos, tal y como los describe, más de ambición e interés personal (y hasta comercial) que de otra cosa. Con todo, hay que estar con Moreno Alonso en lo que tiene su aproximación de intento desmitificador de la figura del propio Vicens Vives –con independencia de que pueda parecer que lo usa (innecesariamente, en nuestra opinión) para engrandecer a Domínguez Ortiz–. Contemplantarlo del modo exagerado con que a veces se le presenta, como una especie de Mesías venido del Congreso de Internacional de Historia celebrado en París en 1950, con la buena nueva en su maleta de la nueva historia, no hace justicia ni al mismo Vicens Vives ni a quienes como él –Domínguez Ortiz entre ellos– trataban desde antes de hacer historia al mismo nivel de calidad que sus colegas europeos.

Es evidente que la labor del maestro sevillano como introductor de tendencias historiográficas, sin discípulos en sentido formal y sin *puesta en escena* de ningún tipo, es mucho más imperceptible que la de su amigo catalán. Domínguez Ortiz practicó, historiográficamente hablando, el dicho de que “el movimiento se demuestra andando”. Sus reflexiones y aportaciones expresas en este terreno fueron escasas y ocasionales. Como señala Moreno Alonso, su opción por la historia social tuvo más de intuición que de reflexión previa.

4. Finalmente, del relato de los hechos que constituye la vida de Domínguez Ortiz presentada por Moreno Alonso hay otro aspecto de especial interés que nos parece digno de ser destacado. Se trata de su relación con la universidad. Ésta es abordada en la biografía en un doble sentido. De un lado, su etapa de formación universitaria, narrada en el capítulo III “Aprendizaje”. En éste se describe la Universidad de Sevilla y su Facultad de Filosofía y Letras en aquel periodo. Allí se matricula en 1928 y obtiene el grado de Licenciado en septiembre de 1932 (y posteriormente el Premio Extraordinario). Sin maestro directo, en esos años coincide sin embargo con uno de los mejores claustros de profesores (Murillo Herrera, Carriazo o Carande, entre otros) que conocerá este centro y cuya impronta siempre recordará.

Por otro lado, la biografía se ocupa de los intentos frustrados de D. Antonio (hasta tres) por acceder a la cátedra universitaria, el último de ellos ya en los años sesenta y con una trayectoria como historiador de la edad moderna consolidada y reconocida, incluso internacionalmente. Lamentablemente, el caso de Domínguez Ortiz no es único y nos habla de la injusticia y la mezquindad que se ha dado (y se da) tantas veces en la universidad, especialmente en episodios relacionados con el acceso a las cátedras. Sin adscripción a escuela alguna ni padrinazgo y con la independencia intelectual y personal por seña de identidad, no debe extrañar el desgraciado resultado de sus intentos de obtener la condición de catedrático de universidad, siempre perdedor ante candidatos menos capaces y dotados. Ello nos habla de una universidad que,

como sigue sucediendo ahora, no siempre alberga a los mejores en los lugares más destacados ni por supuesto acapara para sí, como algo exclusivo, la posibilidad de la producción intelectual. La vida y la obra de Domínguez Ortiz, contento a pesar de todo en su cátedra de instituto, demuestran que hay vida fuera de la universidad: mucha vida y muy brillante.

5. La hagiografía, el relato de la vida de los santos, es un género hoy muy marginal y minoritario, muy lejos de lo que fue en otros tiempos. El adjetivo “hagiográfico” ha cobrado incluso un tinte peyorativo cuando es usado para referirse

a la biografía de complacencia, esa que incurre en el elogio desmesurado y en la presentación del personaje como alguien inmaculado y sin tacha. La biografía que ha realizado el profesor Moreno Alonso es hagiográfica, pero no en ese sentido peyorativo sino por lo que tiene de narración de una vida ejemplar. Conocer la vida de alguien como la del historiador D. Antonio Domínguez Ortiz nos hace mirar y conocer mejor el tiempo en el que vivió, pero sobre todo nos hace mirar al presente y al futuro con la esperanza de su ejemplo.

*César Hornero Méndez*